



# LOS AÑOS ÁCIDOS

---

Valentín Agustí

# **Los años ácidos**

**Valentín Agustí Bassa**

Primera edición: marzo de 2024

© Copyright de la obra: Valentín Agustí

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128153-0-6

Código ISBN digital: 978-84-128153-1-3

Depósito legal: B 1655-2024

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Cristina Lamata

Ilustración de portada: Oriol Arnau

Ilustración dibujos apuntes de medicina: Oriol Gaspar

©Grupo Editorial Angels Fortune

[www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com) [info@angelsfortune.com](mailto:info@angelsfortune.com)

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Voy descubriendo que inventaba mis sueños  
para poder revelaros quien quisiera ser*

*Pel meu amic Oriol Gaspar Farreras  
In memoriam*

# Capítulo 1

## *Londres*

Diciembre 1973, carta desde el aire.

Querido Jesús:

Te escribo a bordo del avión con destino a Londres, después de estos días en Barcelona, donde finalmente he podido solucionar el problema de terminar la maldita carrera de Medicina, castigado *sine die* por el catedrático de Medicina Legal, que murió hace poco. Por cosas del imprevisible destino, se publicó –supongo que por la situación política de huelga estudiantil continuada en este país– una convocatoria extraordinaria de exámenes en el mes de diciembre, en la que me aprobaron porque debía ser el único médico que no tenía el título por culpa de una maría (asignatura menor).

No esperaba esta solución cuando decidí abandonar Barcelona en septiembre. Hui de la ciudad no solo por mi fracaso universitario, sino porque la vida en este país se me había vuelto insoportable y la idea de hacer de médico aún más. Ya hablamos, en la época en que coincidimos hace dos años con la beca en el hospital de Lund en Suecia, sobre mi confusa vocación. Tú te enrollaste con una sueca y yo acabé al año siguiente en Islandia, con un hijo recién nacido y su madre, yo trabajando de cargador en el puerto de Keflavik y ella de camarera en el hotel Saga, atendiendo entre otros turistas a los famosos Fischer y Spasski en su enfrentamiento mundial de ajedrez.

Durante mi reciente etapa en Londres, adonde llegué en mi viejo 4L, tuve la ayuda inestimable de Frans, el holandés errante que conocí en el 69 durante aquel primer viaje por Turquía –dos autoestopistas solitarios unidos por la fortuna para cantar *El porompompero*–. Al año siguiente, 1970, acabado el curso de Medicina en junio, fuimos de Barcelona a Ámsterdam para comprar el Volkswagen de ocasión con el que viajamos a Afganistán, básicamente a Bamiyán para fotografiar a los budas y dormir en su boca, y después al norte de la India y Nepal.

Mi compadre, que es *gay*, está en Londres con sus amigos espirituales de Arica y me ha facilitado vivir con unos

*squatters* que tenían ocupado, en la legalidad decimonónica inglesa, un edificio del barrio de Finsbury Park, y así también poder trabajar de *washing-up* en estos restaurantes vegetarianos pijoteros que hay por aquí, de lavado fácil sin grasas, y también de ascensorista una temporada, siempre arriba y abajo como un bipolar, en la zona elegante de los hoteles. Vuelvo con la idea de seguir en esta ciudad, mejorar mi inglés y, con el título en el bolsillo, intentar estudiar en el Tavistock Institute, y también conocer el movimiento antipsiquiátrico de Roland Laing y David Cooper en Kingsley Hall.

Me estoy tomando un segundo *whisky*, al que me ha invitado la amable azafata que corretea por el pasillo sin parar, y me ha dado el punto. Se me ocurre que, en este momento de nuestras vidas, podríamos aprovechar la vinculación con los médicos recién graduados que están haciendo las especialidades en los hospitales de España. Mi idea es muy sencilla: yo obtengo LSD líquido en alguno de los laboratorios caseros que existen en los alrededores del Finsbury Park Astoria, y lo vamos vendiendo, impregnando con gotas transparentes los libros de pediatría, cosas de niños para despistar, y enviándolos por correo normal a los centros de Barcelona, Madrid y demás territorio hispánico, para que nuestros compañeros lo introduzcan sigilosamente en el mercado. Enloqueceremos la piel de toro, tío. ¿Qué te parece? Guay, ¿no?

Bueno, lo dejo aquí. Están anunciando que estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto de Heathrow y, con el avión dando tumbos, no puedo seguir escribiendo. Acabo la carta en tierra...

Doblo el papel y lo introduzco entre las páginas del libro que estaba leyendo aquellos días: *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castaneda. Pero aquella carta nunca llegó a su destinatario porque mi experiencia en la zona de inspección aduanera no fue afortunada.

Voy entrando al edificio de seguridad en una fila alborotada, donde todos tratan de colarse al de delante para seguidamente ser sobrepassados otra vez por la misma persona. Me hace gracia la cosa y voy silbando, creo que una marcha militar, sin sospechar lo que me está esperando allí dentro. Me acerco al funcionario que hay junto a la puerta, que me acompaña a una gran mesa vacía y

me indica que deposite mi equipaje. Me pregunta si es un viaje turístico y le digo que llevo meses trabajando en Londres y que tengo mi coche, un viejo 4L, aparcado donde vivo en la ciudad. Les doy la dirección, explicando que he tenido que hacer un viaje urgente a España, de ida y vuelta en una semana, para presentarme al examen final de la carrera de Medicina. Todo esto en mi inglés con acento de Jaipur. Y más allá del idioma, no lo podría haber hecho peor: solo me faltó decirle que vivía en una casa ocupada para liarla un poco más. No hizo falta, la cosa se complicó ella sola.

Me abren la maleta donde encuentran mis camisas de flores, los tejanos raídos, un estetoscopio, el esfigmomanómetro y algunos libros. Finalmente, el libro de don Juan, donde está la carta que he escrito durante el viaje. Me preguntan qué es y les contesto que una carta a un amigo.

Ha llegado un policía de paisano muy alto que parece el jefe, se mira la carta y se la pasa a otro diciéndole, de forma perfectamente comprensible para mi horror, que la haga traducir. Como era de esperar, me llevan a un vestuario donde se me ordena quitarme la ropa. Allí me someten al concienzudo registro corporal, con sus manos convenientemente enguantadas, y quedo retenido en las oficinas de emigración durante una larga espera. El *whisky* lo tenía ya en los talones cuando aparece quien me había interrogado al principio para comunicarme que debo quedarme en aquellas dependencias, donde dispongo de una habitación con cama y baño para pasar la noche –menudo lujo, no me imaginaba lo del baño– a la espera de la decisión final sobre mi situación. Me devuelven la maleta y el libro, pero la carta a Jesús no la volvería a ver nunca más.

Me quedo solo en la habitación. Tengo que dormir, no sé lo que me espera mañana, así que busco en mi cartera una caja de Valium, una benzo de cinco miligramos de la que de vez en cuando me tomo la mitad. Me trago la pastilla sin pensarlo y me acuesto dentro de la cama. Pocos minutos después, se abre la puerta de esta curiosa celda-hotel y aparece otro tipo que, educadamente pero sin pasarse, me vuelve a registrar y me obliga a devolver la

caja del fármaco que habían olvidado requisar en la inspección anterior. Se la entrego y cortés me desea *good night*.

A la mañana siguiente, me despierta muy temprano un funcionario para decirme, mientras sigo bostezando, estirando los brazos y las piernas en la cama, que tengo dos opciones en mi actual situación: esperar en prisión el juicio para poder continuar viviendo en Gran Bretaña o tomar el primer avión que salga de este aeropuerto para España. Le pregunto a qué hora sale el avión, me contesta que en una hora y le digo que me voy.

Llego al avión esposado, acompañado de dos policías que me liberan en las escaleras para que suba, informándome de que han entregado mi pasaporte al piloto del avión, quien a su vez lo pondrá en manos de la policía española. Entro al aeroplano, y la azafata, que sabía del asunto, me conduce al asiento que tenían ya reservado. Todo el avión lleno de turistas ingleses –se les ve en la cara, claro– ávidos de luz y de sol. Me pasan los periódicos españoles de la mañana y en primera plana leo el titular del *ABC*: «ETA mata en un atentado en Madrid a Carrero Blanco, primer ministro de Franco, cuando iba en su vehículo oficial a misa». Ya en el avión, llamo a la azafata para preguntar a dónde nos dirigimos exactamente y ella me contesta con un suspiro: Alicante. Le pido que me devuelvan el pasaporte, a lo que responde negativamente con un movimiento de cabeza, esta vez sin suspiro. Empiezo a preocuparme. Pienso que volver con el mal humor que debe tener hoy la Guardia Civil, el estado de excepción que seguro estos montarán y la maldita broma de los ácidos circulando por los hospitales no es un buen augurio...

Me van a tomar por un traficante de sustancias prohibidas y no por el novelista que ya empiezo a creer que en realidad soy. O peor aún, por un independentista catalán de Sant Esteve Sesrovires –si ya existiese entonces esta organización– conectado con ETA y posiblemente visto la semana pasada en la misma calle de Claudio Coello donde se colocaron las bombas. Creo que tengo que hacer algo a la desesperada y, antes de volver a pensarlo, me levanto del asiento y empiezo a hablar en voz alta en el pasillo del avión:



*—Ladies and Gentlemen, I'm a Spanish student. I have been working in London without a work visa and the English police had me deported back to my country. I still do not know where we are going, but my passport is in the hands of the captain, to be given to the Spanish Guardia Civil. You know that Spain is not a democracy and, as you have read this morning, the First Minister of Franco's regime has been killed. I need your help to ask our captain to give me back my passport.*

En contra de lo que podía suponer, me dejan hablar y al final del discursito me aplauden. Primero algunos con timidez y después el avión entero. Allí empezó el griterío: «Give back the passport to the student!».

Ante el follón armado, sale el capitán de la cabina y coge el micro para decir que no podía devolverme el pasaporte (iabucheos!) porque tenía una orden, y en Alicante ya sabían que traía a un deportado que había entrado ilegalmente en Inglaterra, pero que no informaría a la policía española de las circunstancias especiales del caso para no perjudicar al chico (algunos aplausos).

Decido que aquello era lo mejor que podía obtener de momento y aprovecho el buen rollo para hacer amigos, recorriendo el pasillo arriba y abajo, a pesar de la circunspecta azafata que no se atrevía a enviarme a mi asiento. Así, recibiendo apoyos y estrechando manos, contesto algunas preguntas sobre lo que hacía en Londres, cuestiones sobre las playas del Levante español —a pesar de que nunca había estado allí— e incluso alguna sobre quién era el tal Carrero Blanco que salía en las portadas del *ABC* y del *Times*.

La llegada al aeropuerto estuvo llena de expectación, especialmente para mí. No había ningún signo de que estuvieran esperando a un conocido traficante especializado en hospitales y tampoco veía el estado de excepción en ninguna parte. Pensé que era una hora demasiado temprana para España y que en aquel momento los generales debían estar reunidos, urdiendo algún plan para controlar la situación.

Al entrar en el edificio de pasajeros, pasa a mi lado el piloto del avión, que me sonrío con un guiño, señalando con la nariz al policía del aeropuerto al que acaba de entregar el pasaporte. Sigo

caminando y llego hasta la esquina, para darme de bruces con un guardiacivil un tanto aburrido que me reconoce enseguida.

– ¡Eh! ¡Tú debes de ser el catalán al que han echado los ingleses!

– Pues sí. Estaba allí trabajando, tuve que ir a Barcelona unos días por un tema de la universidad, ayer tomé el avión de vuelta a Londres y, ya ves, aquí estoy otra vez.

– Vaya con los ingleses, ¡cómo nos tratan! Al próximo peludo que aparezca, lo vamos a poner de patitas en su *country*. Le daremos un poco de su propia medicina para que vayan aprendiendo.

– Pues yo tampoco entiendo nada de lo que me ha pasado, pero la cama en la habitación de ese hotel-cárcel del aeropuerto era supercómoda.

– ¿Y a dónde vas ahora?

– Pues no lo sé, de momento a buscar el tren para Barcelona.

– Yo acabo el turno y voy a la ciudad. ¿Has comido?

– El desayuno del avión lo debo tener ahora bajando por el íleon...

– ¡Vaya!, parece que seas médico. Vamos, te invito.

Realmente no podía imaginarme que acabaría aquel día comiendo con un guardiacivil en la estación de Alicante, antes de coger el tren de Barcelona, y además de buen rollo. Le caí bien al tipo y me empezó a hablar de su trabajo. Me contaba cómo los mafiosos y traficantes del mundo pasaban la droga de un lado a otro de la frontera y cómo, por lo que parece, nuestra policía siempre los pescaba. Pero yo, sin pestañear, impasible el ademán, no podía dejar de pensar en la maldita carta, que por suerte ya no estaba en mi maleta –imagino que estará llena de polvo y paja en algún juzgado inglés–.

Naturalmente, seguimos hablando del asunto del magnicidio sin expresar opinión política alguna, no fuera que se nos indigestaran los callos con garbanzos y calamares, hasta que oímos los avisos del tren a Barcelona. El recibimiento en Alicante fue mucho más simpático de lo que esperaba cuando el avión tomó tierra. Una agradable sorpresa.

Cuando llego a Barcelona de noche, llamo a casa de mi amigo Sixto Caro. De origen caribeño y familia afincada en los Estados Unidos, Sixto había llegado a Barcelona siendo algo mayor que nosotros debido al largo periodo preuniversitario americano. Vivía con otro estudiante de su país en la calle Casanovas, cerca del Clínico también, como mi familia. Tenía un Volkswagen de segunda mano y se casó años después con Montse G. —una catalana de Girona, rubia y de letras— antes de terminar la carrera de Medicina haciendo quinto y sexto a la vez —cuando algunos tardamos casi dos años para el último curso, con huelgas continuas, trabajando y con un hijo en el haber—. La vida sigue igual. Montse y Sixto se cambiaron de casa y alquilaron un piso casi nuevo en la calle Diputación, también en el Eixample. Pasé con ellos las últimas semanas antes de abandonar Barcelona, cuando cerramos la torre de mi abuelo de Sant Just Desvern, convertida en comuna de estudiantes. Así que pensé en volver al mismo lugar mientras reordenaba mi vida otra vez.

Sixto me contesta al teléfono, sorprendido por mi fulminante regreso, y, cuando le digo que pensaba volver a su casa, me explica que Inés —no se llamaba así pero no la quiero comprometer—, la chica con la que yo vivía antes de irme a Londres, se había enrollado con aquel joven estudiante de Medicina venezolano que frecuentaba la casa y seguían los dos allí.

La verdad es que me sorprendió la rapidez del cambio, sobre todo porque el día en que me fui —el día anterior— habíamos quedado, después de jurarnos amor eterno, en que ella vendría a Londres en cuanto pudiera. Habían pasado tantas cosas en los últimos meses, que consideré este un asunto menor y me fui a dormir a casa de mis padres, que ya no vivían en Casanovas, sino en la calle Balmes, cerca de la plaza Molina. Al fin éramos una familia barcelonesa de casa buena que vivía por encima de la Diagonal.

Mis padres acogieron resignados mi disipada vida porque la noticia de que ya era médico parecía que de alguna manera les tranquilizaba. Ahora me quedaba hablar con mi expareja, con la que aún estaba casado, y con mi hijo. Sus padres les habían alquilado un piso en la zona del Vall d'Hebrón, donde todas las

calles tienen nombres sefardíes, no sé por qué. Trataría de acercarme al día siguiente.

Me fui a dormir.

Por la mañana, bajamos a desayunar algo con mis hermanos: Javier, quince meses menor que yo, que fue un demonio en el colegio de primaria y que ahora estudia Veterinaria en Zaragoza, y mi hermana Ana, que es un encanto, tiene cuatro años menos y estudia Historia del Arte en la Universidad Central. Después, entramos a un conocido bar-librería que ya no existe, un poco más abajo de Sanjuanistas. Allí, mientras te tomabas un café con leche o una caña, podías pasar revista a las últimas novedades literarias, si lo hacías rápido, antes de que las cervezas te enturbiaran la lectura.

Hablo con Frans, que está en Londres, y me hace el relato completo de la inspección de la policía –que se había presentado en mi dirección y se había llevado mis pertenencias y el coche aparcado–, añadiendo que mis compañeros *squatters*, fieles de la meditación trascendental, no estaban precisamente contentos conmigo ni querían readmitirme.

Frans y yo llevábamos sin vernos desde hacía quince días, cuando fuimos al cine con una chica muy guapa y nada mística llamada Alice a ver *The Holy Mountain*, la película de Alejandro Jodorowski, un artista chileno nacionalizado francés y director de cine vinculado al mundo de Arica, la institución creada en Chile por Óscar Ichazo. Frans pertenecía a esa escuela, que le había introducido en la práctica de la psicocalistenia, una serie de enseñanzas y ejercicios corporales –a los que dedicaba varias horas cada día– para la armonización de todo el cuerpo y el despertar de la energía vital. En un momento de la conversación, Frans me preguntó qué pensaba hacer yo con mi vida y en un impulso le contesté: «Me iré a Ámsterdam, tu ciudad».

La conversación con Frans aquella noche me devolvió muchos recuerdos de mi reciente estancia en Londres. Meses atrás, inicié mi viaje de huida de Barcelona en el destartalado 4L, acompañado inesperadamente de un joven autoestopista, peludo, flaco y silencioso que cargué en Badalona, justo saliendo de la ciudad, y que no quería hacer el servicio militar. Poco después, se nos

rompieron los frenos a la entrada de un pueblecito francés. Milagrosamente, paré el 4L con el freno de mano, pero, como era sábado, tuvimos que esperar dos días en la calle a que nos arreglaran el coche. Al llegar a París, mi compañero, más delgado aún y horrorizado por la vida del autoestopista, decidió volver a Barcelona y hacer la mili. A pesar de mi insistencia para que se alojara en París con mis amigos, atravesó la carretera casi sin mirar, paró el primer camión que vio circulando y, como alma que persigue el diablo, volvió a casa. Nunca volví a saber de él. Quizá aquel personaje, con el que compartí aquellos primeros días de soledad, fue solo una aparición.

Encontré, por otra suerte imprevista, la dirección de mis amigos en las *banlieues*, donde pude por fin descansar y sacarme de la cabeza la odisea del prófugo arrepentido del mundo militar, que debía estar ya cruzando la frontera. A mí, de momento, me habían librado de la mili los estudios universitarios, pero años después, tras la muerte de Franco, me citarían para presentarme en veinticuatro horas en la «bonita» ciudad de Ceuta y cumplir mi servicio obligatorio en África —vaya, que, aunque se me había pasado la edad, no se olvidaron de mí y, como no tenía impedimentos, sortearon mi lugar de destino—.

Me despedí de estos amigos de toda la vida exiliados en Francia —Luis, de Barna, y Nicole, de Saigón— y continué mi viaje solo hasta el mar, con los frenos nuevos y el coche viejo. No entiendo por qué en la frontera me dejaron pasar sin preguntarme nada. Sigo pensando que ir subido en aquel verdadero troncomóvil era demasiado, pero así fue como me adentré sin ningún problema en el canal de la Mancha.

Ya en Londres, muerto de frío como cada día, me desplazaba en el *underground*, colándome por debajo de las barreras de entrada en cada estación y haciendo el cambio de líneas. Pensé que algún día me pillarían, pero nunca sucedió. La verdad es que, cuando realizaba esta acción, siempre andaba acompañado de otros colegas desconocidos que también habían decidido no pagar el transporte público, supongo que por lo temprano de la hora.

Trabajaba en un hotel de cierto nivel en la zona buena de turistas, en el que, entre otras cosas, acompañaba a las chicas de la

limpieza de habitación en habitación. Entrábamos allí sabiéndolas vacías, como si tal cosa, como si estuviésemos en casa. En algunas aún quedaba buena parte del desayuno que debían haber pedido los huéspedes en pijama, supongo. Al principio, mis compañeras no se atrevían y se hacían las estrechas, pero, en cuanto yo me servía algo de la mesa que nadie había tocado, cambiaban rápidamente de opinión y se unían al festín.

Alguna vez hasta me dio el punto de relajarme en el elegante baño de la habitación, paseando con el clásico albornoz blanco ante la mirada horrorizada de las chicas. Debo reconocer que, a pesar de mi insistencia, nunca logré que nadie me acompañara en aquella aventura acuática. Otros días, con el mono azul y una gamuza, me destinaban a los ascensores. Muchos de los usuarios eran españoles que, cuando iban en pareja, aprovechaban la supuesta privacidad del momento para comentar alguna observación sobre aquellos amigos que acababan de dejar a las puertas del hotel, preferentemente opiniones críticas más que alabanzas. Yo me hacía el despistado, con la mirada fija en los pulsadores del ascensor, pero no me perdía ni un comentario y creo que en alguna ocasión me descubrieron. Los más criticones eran los catalanes. Aprovechando quizá que su lengua es mucho más desconocida entre los ascensoristas, comentaban cosas horribles sobre sus amigos recién despedidos. ¡Eran unos desalmados, mis compatriotas! A veces no podía evitar decirles algo en este idioma, como: «Que tinguin un bon dia, senyors. Bona estada a la ciutat».

A pesar de que nunca tuve tiempo de aburrirme, de los compañeros de nuestra vivienda me llegó una propuesta para trabajar como *washing-up* (lavaplatos) en un par de restaurantes, uno de comida hindú y el otro vegetariana, con menos horas de trabajo y mejor pagadas, por lo que me decidí a dejar el hotel ante la consternación de la dirección, que estaba muy contenta con mi trabajo. Las chicas de la limpieza de habitaciones me contaron que, cuando me fui, desapareció el estrés de aquellos días —ya nadie llenaba bañeras, ahora abandonadas a su suerte—.

Básicamente, en el nuevo curro tenía que limpiar los platos y los utensilios de cocina de los restaurantes. Uno estaba en Abbey

Road, y siempre pensé que me encontraría algún día a John Lennon, que debía de grabar en algún lugar de aquella *long and winding road*. Pero nunca lo vi. El mayor problema de ese trabajo era que salía demasiado tarde para utilizar el metro y el coste del taxi se quedaba buena parte de lo que había ganado con tanta agua y jabón.

El otro lugar del *washing* era mejor porque estaba más cerca de casa y sobre todo porque era un trabajo de día: limpiaba el restaurante por las mañanas y salía después de dejar los platos del mediodía immaculados. Naturalmente, me daban la comida antes de salir, con lo que probaba también la cocina del día. Adelgacé unos cinco kilos en un mes con tanta verdura.

Por aquel entonces, yo vivía en una casa ocupada en el barrio de Finsbury Park, por lo que me había convertido en un *squatter*, que podríamos traducir al español como usurpador, ocupador o algo así. Según Naciones Unidas, hay unos mil millones de residentes de este tipo en el mundo. En Inglaterra y otros lugares civilizados, esa usurpación de una propiedad ajena deshabitada, siempre motivada por la necesidad de un cobijo, tiene establecido un estatuto propio, con normativa y régimen de derecho, dependiente de una ley que creo es de origen medieval.

Cuando ocupamos el edificio, tuvimos que permanecer en la vivienda sin movernos todo un día, cumpliendo la normativa legal de la organización, mientras llegaban una especie de abogados de la «cosa». Estos tomaron nuestros datos personales, firmamos unos papeles y nos cedieron una sola llave que abría todas las puertas de la casa. Tuvimos una reunión a la que asistió mi amigo Frans, como persona residente reconocida por el grupo y depositario de nuestra confianza. A mí me tocó la última habitación disponible y nos recitaron las normas de convivencia del lugar. Nada particular. Mis nuevos compañeros eran seguidores de la vida espiritual, como era de esperar por su relación con Frans, espiritualista convicto desde que nos encontramos por las carreteras de Turquía a finales de los sesenta. Creo que los chicos se alegraron de que se incorporara al nuevo hogar un médico joven que lavaba platos en los restaurantes

modernos de *healthy food*, aunque no estuviera tocado precisamente por el espiritualismo imperante.

Cerca de allí, en el mismo barrio, existe el famoso teatro Rainbow Astoria, el último establecimiento Astoria construido en el mundo. Se trata de una pequeña maravilla del *art déco* de 1930 que tienen algo descuidado, aunque eso le da también su gracia y personalidad. Era el lugar preferido de Stevie Wonder, que no paraba de hacer conciertos allí, pero han pasado por el lugar otros artistas como Jimmy Hendrix, Bob Marley, Elton John, David Bowie, Queen, Pink Floyd..., vaya, todos.

En la casa ocupada cada uno hacía su vida, aunque coincidíamos en ciertos momentos de relajación diríamos que comunitaria. Como ya he mencionado, ellos practicaban la psicocalistenia, que, explicada de forma resumida, es una secuencia de veintitrés movimientos y ejercicios de respiración que activan el flujo de tu energía vital a través de todos los grupos musculares, glándulas y tejidos. Está basada, naturalmente, en movimientos calisténicos y algunas asanas del yoga. Su objetivo final es la revitalización de los órganos del cuerpo. Yo me leí rápidamente el manual *Veinticuatro horas de la vida de un calisténico* para no quedar como un ignorante.

El hecho de haber estado en el Servicio de Psiquiatría del Hospital Clínico de Barcelona me daba una cierta perspectiva de lo que ocurría en el grupo, o al menos así lo creía, pero por otra parte mi relación con los compañeros también estaba mediatizada por ese supuesto saber. Así que, después de alguna conversación más continuada en ese sentido, que inequívocamente conlleva siempre a intimar, y teniendo en cuenta el entorno en el que me parecía estábamos inscritos, decidí hablar solo de generalidades y de aspectos domésticos que compartíamos en la casa, pero dando a entender que no sabía nada de sueños, ni de lo reprimido, ni de su relación con esta cosa misteriosa que llaman inconsciente aunque no sepan lo que es. Realmente, solo era un recién graduado en Medicina, sin ningún tipo de experiencia, pero en ciertos ámbitos parece que cualquiera con un título puede ejercer de psicoterapeuta.



A Frans lo veía de vez en cuando en la casa, pero yo estaba demasiado ocupado con mis trabajillos y nuestros encuentros eran más bien casuales. Un buen día, acudió cuando ya estaba en mi habitación metido en la cama. Parecía nervioso, un tanto hiperactivo y, supongo que para darle salida a su estado de ánimo, se puso a decirme que tenía la habitación mal iluminada, señalando una bombilla colgada del techo. Entonces arrancó la cortina de la ventana y, colgándola de un clavo junto a la bombilla, fabricó una pantalla que supuestamente conduciría la luz sobre algún libro que sugería leer. Hecho esto y más calmado, me habló:

–Amigo, tengo que decirte algo: soy *gay*.

Allí paró su confesión. De forma espontánea me dio la risa y me tapé con la manta hasta el cuello. Pero Frans cambió el rictus por una sonrisa y se acercó a mí para acariciarme el cogote, como se hace a los niños.

–¡Ay! ¡Cómo cambia la vida! –le contesté.

–Sí, ya ves. Te lo tenía que decir y no sabía cómo después de hablar tanto de nuestras novias...

–Bueno, no te preocupes. En Holanda sois muy abiertos. Recuerdo una vez que tú no estabas en Europa y nosotros estábamos volviendo del hospital de Lund en autostop hacia el aeropuerto de Ámsterdam. Pasamos por Gröningen y nos quedamos a dormir en casa de tu madre. Por la mañana, vino tu novia de entonces y se ofreció a llevarnos en coche, cosa que aceptamos inmediatamente. A medio camino, le entró mucho calor y decidió aligerarse de ropa y, ante nuestra sorpresa, se desnudó allí mismo sin parar de conducir. El problema fue que, al llegar al aeropuerto, no sabía a dónde había ido a parar toda aquella ropa. Sin inmutarse demasiado, le echó el pie al freno y nos invitó a bajarnos, lo que hicimos con gran diligencia para no causar problemas de tráfico. Y ella, después de un abrazo y casi desnuda, volvió al coche. Era un encanto.

Frans, se puso a reír imaginando la escena con la chica conduciendo *in that freely way* saliendo del *parking* de Schiphol y los aviones sobrevolando sin parar.

—Fuimos novios desde jovencitos, nos vemos siempre que voy por casa a visitar a mi familia. Buena gente —dijo muerto de la risa.

Un domingo decidí recorrer de verdad el lugar de Londres en el que vivía, caminando desde Finsbury Park hasta el Támesis, pateando calles, plazas y jardines. Llevaba un par de meses en la ciudad y solo sabía de metros y estaciones. Así que me calcé las botas que están hechas para caminar, como dice la canción, y salimos, ellas y yo, a la calle. Me orienté hacia el sur. Quería llegar hasta Victoria Station, acercarme al río por las calles de Pimlico y, siguiéndolo, volver por Westminster hasta mi casa. Así que comienzo por Rosebury hasta Russell Square para hacer la primera parada en los jardines de Bloomsbury, junto a Senate House y el British Museum, donde puedes encontrar desde la piedra de Rosetta —clave para entender la cultura egipcia— hasta las pinturas de Reynolds o de Gainsborough. Aunque el objetivo de aquel día era simplemente pasear, no me pude contener de entrar al museo.

El primer problema que me encontré fue una cola inmensa. Intenté adelantar a los que estaban delante de mí, que parecían despistados, pero, como estaban cabreados por la cola que les quedaba, se pusieron muy bordes conmigo, llamándome de todo y amenazando con asesinarme. En aquel momento, me acordé de lo que me había contado un experto en el arte del colarse: tenía que encontrar a alguien feliz, es decir, a punto de entrar. Y alzando la vista, lo encontré justo delante de la taquilla en forma de pareja. Esperé a que llegara su turno, me acerqué por detrás y, aunque me vieron aparecer, con un *sorry* tranquilo y el brazo extendido con el dinero justo de la entrada, lo deposité ante los atónitos ojos de la taquillera, que sí me había visto llegar desde el final de la cola. Y como nadie decía nada, me dio el billete para evitar problemas, haciendo la vista gorda ante tamaña caradura. Hace poco, alguien me explicó que ya no se paga para entrar en el British. Parece que se extendió la fama del truco y decidieron ahorrarse el sueldo de la bondadosa taquillera.

Salí del museo medio aturdido por su exceso —demasiada belleza para una sola mañana—. Por poco me da el síndrome de

Stendhal. Pasé por el hotel Bedford, que conozco de otros viajes a la ciudad con mi amigo Josep Miàs, profe en la Escuela de Arquitectura Bartlett. Es un sitio sencillo, muy práctico por lo céntrico y porque, como su nombre indica (*bed* quiere decir cama en inglés, claro), es para dormir. Me metí en Oxford Street y dejé a la izquierda Charing Cross, que me llevaría, si tuviera paciencia y tiempo, a Leicester, pero no se puede tener todo en este mundo. Esta es la zona más popular de Londres, llena de tiendas y autobuses, de esto y lo otro. Cuando giramos a la izquierda en Regent Place, ya cambia el tono, muy elegante y pijotero, hasta Piccadilly Circus. De allí fui a parar precisamente a Hyde Park; tenía preparado mi discurso desde que había decidido llegar hasta el Speaker's Corner, que da voz, megafonía y público atento a todos los visitantes o a casi todos.

Por desgracia, el *corner* está ocupado por otro *speaker*, que con voz muy alta y convencidísimo, reclama la independencia de Irlanda del Norte. Pero lo peor es que hay cola para otros parlamentos dispuestos en orden, blancos, negros o hindúes, todos concentrados en lo suyo, y no creo que el grado de felicidad de los que esperan sea suficiente como para que me dejen colar. Así que renuncio a mi *speech* y comienzo el paseo por este magnífico lugar, rodeado por Kensington Road, y cuyo centro lo ocupa el lago que recibe, por su forma sinuosa, el nombre de Serpentine. Les diré al menos el tema que había pensado para mi discurso: Londres, viviendo en el *tube*. Para hacer una película, vaya.

Salgo del parque por Grosvenor Place, directo hasta Victoria Station, y me introduzco en su seno de vías, trenes, policías y gentes que buscan alguna dirección. Muy impresionante. Estoy tentado de tomar algún taxi y volver a casa porque comienzo a estar cansado, pero no puedo perderme ahora el camino a lo largo del río. Así que salgo por Vauxhall Bridge Road, que me llevará hasta este puente, y de allí, por Millbank, al Lambeth Bridge. Naturalmente, a estas alturas de paseo por la ciudad llena de aguas, vamos de puentes. Entramos en los jardines de Westminster, el edificio del Parlamento cercano a la Abadía. Mucho viandante bien vestido a la inglesa, incluido su sombrero,

también los policías con los cascos famosos y, más adelante, la fachada de Downing Street, casita del primer ministro, que no vemos nunca por dentro –dicen que no vive en esta casucha, faltaría más, quizá es solo un decorado–. Un paseo por el parque de Saint James, alejándome del Támesis, y me vuelvo para Finsbury que está mucho más distante de lo que imaginaba. Ya me tiemblan las piernas.

Un día me topé con el anuncio de un concierto de Ravi Shankar en el Roundhouse, este teatro de arquitectura circular cuyo escenario siempre creí que estaría en el centro con una parte del público viendo el concierto por detrás. Pues no es así, sino que al público lo sitúan en un lado para que se vea a los artistas siempre delante, como parece lógico. Así que yo solito –Frans dijo que tenía que hacer meditación– me adentré con los ojos y los oídos bien abiertos en el seno de esta música envolvente del sitar –una palabra afgana de origen urdu–, que es como un laúd, pero con el mástil más largo y la caja más pequeña. Un concierto muy bonito y aplaudido en un lugar cerrado y circular.

Llegó un momento en que mi facilidad por moverme por la ciudad y el entendimiento con la gente me dio suficiente seguridad para afrontar otros retos. Así que pensé seguir con mi antiguo propósito de especializarme en salud mental y aprovechar que estaba en Londres para intentar matricularme en el Tavistock Institute y estudiar la especialidad médica de Psiquiatría. Envié una carta a su dirección pidiendo una entrevista. Contestaron a los pocos días dándome una cita.

Así que ya me veis con mis mejores galas yendo hacia ese lugar con puntualidad inglesa. El director –traje gris, corbata y zapatos negros impecables– escucha con interés mi formación académica y –de forma suave, *in a fancy way* recortando ligeramente– el relato de mi estancia actual en Londres, y me contesta con autoridad y elegancia algo así como:

–Le felicito por la forma tan rápida con la que se ha instalado en la ciudad y estoy seguro de que logrará todos sus objetivos, pero en este momento aún no tiene la titulación de la Universidad de Barcelona y ambos sabemos que estudiar y trabajar en Londres no es tarea fácil. Permítame añadir también que su inglés es algo

mediocre, por lo que le recomendaría mejorarlo, conseguir su título de médico, el dinero para pagar la matrícula y volver por aquí dentro de un año. Seguro que entonces podremos acceder a sus deseos. Que tenga suerte. Buenas tardes.

Salí de allí un poco con el rabo entre las piernas. ¡Que mi inglés es mediocre! Pero ¿qué se ha creído el cretino este, psiquiatra de pacotilla? ¡Ya me gustaría verlo con un psicótico descompensado, delirante y amenazador! Igual le diría: «Permítame que le diga que su delirio es mediocre». Joder con el tío ese.

# Acerca del autor



Valentí Agustí, médico psiquiatra fundador de la Comunitat Terapèutica del Maresme (Barcelona) fue también alcalde de Palafolls (Barcelona) desde 1983 hasta 2019.

En esta novela autobiográfica no solo recuerda los años pasados, sino que muestra como las jugadas del destino pueden marcar toda una vida.